

## LA DIMENSIÓN CONTEMPLATIVA DE NUESTRA VIDA DOMINICANA

TEXTO DE LA CONFERENCIA QUE EL MAESTRO DE LA ORDEN PRONUNCIÓ EN  
LA REUNIÓN DEL CONSEJO INTERPROVINCIAL DE USA CELEBRADO EL 30 DE  
JUNIO DE 1982 EN PROVIDENCE COLLEGE

F. VINCENT DE COUESNONGLE, O.P.

---

En mi primera carta a la orden, yo abría el siguiente interrogante: ¿ "Quién, entre nosotros, realmente ora?". La respuesta que cada dominico le haya dado, permanece en el secreto de Dios. A cada uno le toca formularlo. Personalmente, creo que un cierto número de hermanos experimentan hoy un verdadero deseo, una verdadera sed de oración y de contemplación, y lo prueban todos aquellos que un poco por todas partes me preguntan qué ha sido de aquella carta que hace tiempo anunciara sobre este tema. Hay también dominicos que no conocen quizá ese deseo punzante, pero que sienten de un modo confuso que alguna cosa importante falta en sus vidas. Y se preguntan qué han de hacer. Se escucha con frecuencia: "Yo no tengo tiempo", o también, "No se me ha enseñado a orar en el noviciado".

Es, pues, de la oración de lo que quiero hablarles, más bajo un aspecto particular. No hablaré de la oración en sí; no faltan libros sobre eso. Mi intento quisiera ser más realista, existencial, y partir de aquello que no podemos no vivir como dominicos, y mostrar cómo eso nos invita, nos abre a la oración privada y llega a suscitar en nosotros una relación viviente a Dios (es de este modo como designo a toda oración privada) que, desde que se intensifica, se prolonga, se convierte en mirada y amor, escucha y acogida de Dios, merece ser llamada contemplación.

Yo partiré, pues, de tres valores o elementos característicos de nuestra vida que santo Domingo estableció él mismo el día en que dispersó a los primeros frailes. A la pregunta que le dirigieran éstos: ¿ "Qué vamos a hacer a París, a Bolonia, a Roma?", él les respondió: "Predicar, estudiar, fundar conventos". Y sabemos que para él la predicación debe proceder de la abundancia de la contemplación. Como esa relación viviente a Dios se imprima en lo concreto de la vida, podremos hablar de la "dimensión contemplativa de nuestra vida dominicana". Concluiremos con algunas consideraciones sobre el "ritmo de la oración".

## **Predicar**

La frase de Karl Barth es más verdadera que nunca: "La teología se hace con la Biblia y el periódico". Esto vale verdaderamente también para la predicación. En efecto, ¿cómo anunciar a, Jesucristo a los hombres si se ignoran sus aspiraciones y las condiciones en que viven? Escrito o hablado, el diario y todos los medios de comunicación que evoca esa palabra, nos permiten conocer lo que ocupa el espíritu, el corazón y la imaginación de aquellos con los que nos encontramos. Nuestro diálogo se hace así verdadero.

Se podría decir asimismo que, para predicar, debemos poseer una doble contemplación: la contemplación de la calle, que nos hace entrar en comunión con la mirada siempre actual del Cristo "que tiene compasión de la multitud, y la contemplación de "Jesús en el misterio de su amor. Pero ¿sabemos pasar de la una a la otra? O más bien, ¿sabemos hacer de esa doble contemplación una sola y misma mirada?.. Cuántos entre nosotros saben "rezar su periódico"?

Y sin embargo, cuando nos oyen hablar en una iglesia, en una reunión bíblica, en una reunión carismática, en la cátedra de una Universidad, raros son los oyentes que se equivocan. Saben distinguir pronto al predicador que habla del Amigo con quien vive sin cesar, del predicador que habla de él como de un extraño a quien quiere hacer pasar por un familiar. El primero sabe hablar de Dios porque está habituado a hablar con Dios. Y se comprende fácilmente que del Padre de los Predicadores se diga que él no hablaba sino a Dios o de Dios. Las dos cosas eran inseparables para él.

Si quiere ser un auténtico testigo del Evangelio, el fraile predicador debe ser ante todo un "orante". Entonces se encontrará con el Señor no solamente durante la preparación de sus sermones y conferencias, sino en el mismo momento de hablar. Su palabra le remitirá entonces, como reacción, a un nuevo encuentro con su Señor, más profundamente quizá que aquél que le ha precedido. Y así sucesivamente. Porque no hay que interpretar en un solo sentido y de modo demasiado material el célebre texto de santo Tomás: "contemplar y transmitir lo contemplado". La contemplación no debe sólo preceder a la predicación. El anuncio del mensaje vivifica y enriquece, si sabemos estar atentos, nuestra relación vivida con Dios. ¡Dichosos los que en la Orden tienen la misión de predicar la fe! Puede resultarles más fácil que a otros ser verdaderos contemplativos según santo Domingo

Ya no vivimos más en cristiandad. El mundo que habitan los hombres, las mujeres y los jóvenes con que nos encontramos viven en un mundo "post-cristiano", una manera recatada de decir que es abiertamente "anti-cristiano", dado que de hecho, ya no tiene nada de cristiano: negar una persona es referirse a ella; no decir nada, es lo peor.

Esa neutralidad asfixiante no procede únicamente de la ignorancia o de la malicia de los hombres. Con la ciencia, la técnica, las ciencias humanas, el progreso de la historia, las ideologías de toda clase, el mundo ha conquistado su autonomía y se desenvuelve cada día en su esfera. Secularizado de hecho, el mundo ya no remite a Dios.

Nuestros frailes trabajan cada vez más en sectores puramente profanos. Se ven tentados a veces a pensar que son predicadores "de segunda clase" puesto que el compromiso apostólico que les es propio - ellos se encuentran allí por cumplir con su deber de dominicos - no les permite encontrar directamente a Dios ni hablar directamente del Evangelio. Y no obstante ellos anuncian también una parte absolutamente indispensable del Evangelio, pues el Evangelio o es integral, o no existe. De la primera a la última página de la Biblia, en efecto, la Escritura ordena librar al hombre de las injusticias que le impiden vivir, y explotar la tierra y los talentos que Dios le ha dado para descubrir la Verdad.

El peligro presente es especialmente el secularizarse en el pensamiento y en el corazón. Lo que hace falta entonces, es poseer una visión del mundo suficientemente amplia para no reducir las exigencias evangélicas a un intimismo demasiado fácil con Dios ("Jesús y yo en un frasco", se ha dicho) y a relaciones interpersonales más sentimentales que constructivas con sus semejantes. Es en esa "visión sapiencial" que todo objeto, toda investigación, todo descubrimiento encuentra su lugar en el designio de Dios sobre el universo del que Cristo es la piedra angular.

No es posible inclinarse sobre la situación de los hombres o estudiar las ideas que improntan las culturas que se desarrollan fuera del influjo de la fe, si no se llega a considerar las lágrimas y las huellas que han dejado sobre los rostros de los que son sus víctimas. La compasión característica de santo Domingo nos impulsa entonces a trabajar por librar a la humanidad de los sortilegios del mundo presente. La misericordia, compasión activa, nos emparenta con santo Domingo Como en él, ésta debe suscitar en nosotros la oración. Un sacerdote que he conocido y que era párroco en una parroquia rural completamente descristianizada recordó muy bien lo que puede - y debe - tener lugar en un corazón apostólico frente al mundo post-cristiano: "Con los ojos fijos sobre la Eucaristía donde se expresa y se construye la Iglesia, debemos aceptar que la gente de que

somos responsables permanezca mucho tiempo (siempre, quizá) en camino, sin llegar jamás; pero cuidadosos de proponerles siempre que caminen y sin poder siquiera decirles la meta".

Conocí a dos dominicos que consagraron su vida a la "investigación pura", uno en economía, otro en ciencias naturales. Ambos han sido verdaderos contemplativos. Me acuerdo en particular de una homilía, sobre el Rosario, muy sencilla pero muy vivida que uno de ellos pronunció el día de esta fiesta. No era un "funcionario", sino un hombre de fe.

Gran contemplativo si lo hubo, santo Domingo no lo era a la manera de Benito, de Juan de la Cruz o de Teresa de Jesús. Pues era también un gran apóstol. El beato Jordán de Sajonia nos dice que consagraba sus días a los hombres y sus noches a Dios. Mas hace falta comprender lo que se quiere decir. Durante el día Domingo habla de Dios a los hombres. De noche es "de los pecadores, de los pobres y de los afligidos" que ha encontrado durante el día, que habla a Dios. Los dos únicos textos en que él mismo nos habla de su oración son elocuentes al respecto. De noche: "Dios mío, Misericordia mía, ¿ qué será de los pecadores?". De día, a sus compañeros itinerantes, les exhortaba saludablemente al perdón: "Vayan más adelante, guardemos silencio, y pensemos en nuestro Salvador". Santo Domingo nos enseña así lo que es la "oración de petición por la liberación de los pecadores, de los pobres y de los afligidos". He aquí otra vía que, partiendo de las necesidades espirituales y materiales, sociales y personales de los hombres nos incita a reunirnos con santo Domingo a los pies de Cristo en la Cruz que tantas veces pintara fray Angélico.

## **Estudiar**

Mi propósito no es decirles que es menester estudiar. Tampoco les pregunto cuántas horas consagran por semana a un estudio verdaderamente serio. Quisiera solamente mostrarles cómo en la Orden el trabajo intelectual nos abre a la oración y a la contemplación.

Las Constituciones, cuando quieren situar nuestro estudio en el conjunto de nuestra vida religiosa, comienzan por estas palabras: "El estudio asiduo nutre la contemplación" (LCO. n.83) t Cómo debe ser hoy nuestro estudio para que resulte así?

Sin duda, debe orientarse ante todo a la Palabra de Dios transmitida por la Sagrada Escritura. Por lo demás, siempre ha sido así en la Orden a partir de santo Domingo que llevaba siempre consigo el Evangelio de san Mateo y las Epístolas de san Pablo. Alegrémonos de comprobar que en la Iglesia actual hay una recuperación notable de interés por la Biblia. Pienso en ese cura de parroquia donde algunos de sus fieles siguen cursos bíblicos.

Me confesaba que por no perder la estimación y la confianza de sus parroquianos había tenido que retomar todos sus estudios en ese campo. (Es exactamente la situación en que me encontraré dentro de poco).

En una alocución a la Comisión Bíblica (14 marzo 1974), Paulo VI después de haber recordado que Dios se revela a los pequeños y a los humildes y no a los sabios y prudentes, citaba este hermoso texto de san Agustín: "A los que se entregan al estudio de las Sagradas letras no basta recomendarles que sean versados en el conocimiento de las particularidades del lenguaje... sino además, y es a la vez primordial y sumamente necesario, que oren para comprender". Orar la Biblia para comprenderla: es lo que hacen tantos cristianos hoy. La Biblia se ha convertido en su libro de oración. Se reza la Biblia y se reza sobre la Biblia: esto es algo nuevo.

Rogar sobre la Biblia: nada mejor, pero atención! El descubrimiento de textos que nos hablan más, de frases bíblicas que son como gritos hacia Dios y que corresponden a cosas que vivimos - alabanza, esperanza, alegría... - puede tener como efecto que las tomemos demasiado literalmente y sin bastante discernimiento. Los sobrecargamos con nuestros propios sentimientos, sean cuales fueran. Puede suceder entonces que oremos no tanto sobre la Biblia misma con todas sus riquezas y armonías, sino en cambio sobre nuestros propios sentimientos. En tal caso, el riesgo de caer en un cierto "fundamentalismo" no es quimérico. No confundamos la oración con cualquier clase de repeticiones de fórmulas. Nuestra predicación corre entonces el riesgo de resultar demasiado fácil. No presenta a los fieles que tienen hambre de verdad lo que ellos tienen derecho de esperar de nosotros.

Hay que encontrar entonces un equilibrio entre un conocimiento científico de la Biblia - absolutamente indispensable - y una lectura material, sin perspectiva ni relieve. Esto habla de la importancia de una "lectura sabrosa" apoyada sobre la exégesis y vivida en la oración. Dadas estas condiciones, ¿cómo dudar acerca de la dimensión contemplativa del estudio de la Escritura?

Nuestra lectura bíblica, ¿no es quizá con demasiada frecuencia una lectura ocasional o de circunstancias? Sin embargo, según el texto citado de las Constituciones, es el estudio asiduo el que nutre la contemplación. Cuando tenemos que preparar un sermón, ¿no nos sucede alguna vez buscar a la ligera algunos textos en que apoyar, con frecuencia artificialmente, lo que queremos decir? Como decía un profesor de teología de otros tiempos: "Una vez que ya he demostrado mi tesis, abro mi Biblia y espolvoreo mi texto con citas". Si la Escritura debe encontrarse en el corazón de nuestra vida intelectual como dominicos - pues es la salvación

lo que anunciamos - un estudio ocasional no puede bastar. Debemos llevar a cabo un estudio sistemático, profundo, perseverante. El Padre Aniceto Fernández, me acuerdo, insistía mucho sobre la importancia del oficio de lecturas, porque nos hace releer y meditar cada día los textos sagrados. Además es necesario prolongar esa lectura con un verdadero estudio. Los programas de formación permanente deben reservarle un lugar de primordial importancia.

Pero el estudio del dominico no se detiene en la Biblia, no obstante la importancia que tiene su papel de inspiración. Es conocida la antífona de la fiesta de san Alberto Magno, sacada de sus obras: "La teología está más cerca de la oración que del estudio". En otras palabras, es más contemplativa que especulativa. Algunos dirán que al hablar así san Alberto parece aproximarse más a san Buenaventura que a Santo Tomás. Puede ser. Pero en todo caso, es un modo feliz de subrayar la dimensión contemplativa que debe hallarse impresa en toda reflexión teológica.

En santo Tomás, dicha dimensión se hace más real y perceptiva cuando su pensamiento se sitúa en el nivel de una filosofía del ser, lo que permitía lograr una percepción profunda y una sistematización de conjunto de la doctrina cristiana. Todos los elementos de la Revelación se encontraban así organizados, los unos respecto a los otros, en una verdadera "visión sapiencial" que atrae a la mirada contemplativa.

¿Qué hay hoy de todo ello?

Lejos de mí la idea de juzgar o de condenar a priori los esfuerzos de muchos de los teólogos actuales. Su tarea es tremenda, dado que una especialización a ultranza no puede dar, en el campo de cualquier realidad - y eso vale también para una reflexión sobre el Misterio de Dios - más que "flashes" muy diversos e inconexos. La enseñanza de la teología como la de la filosofía se reduce, con demasiada frecuencia, a una acumulación de estudios fragmentarios. Muy escasos son los teólogos que osan presentar un conjunto que mereciera hoy ser llamado "una teología".

Pienso entonces que en la hora actual la reflexión teológica nos abre menos que antaño a la contemplación. No solamente ella ha estudiado la revelación de un modo parcial sino también por razones que proceden entre otras cosas del ambiente secularizado de nuestro tiempo, ella se desarrolla sin ser tampoco interior a la fe o a la vida de la fe. Procede también de las ciencias humanas que tienen tan gran ascendiente y que no pueden alcanzar, al menos hasta ahora, al don de la fe tan profundamente como antes. No concluyamos que hay que volver pura y simplemente a la filosofía de antaño y a la teología medieval - que tienen no obstante aún

mucho que decirnos. Como dominicos nos equivocariamos si ignoráramos los esfuerzos de los teólogos actuales.

Y acerca de la teología, una última observación. Como se sabe, la cristología es uno de los temas más estudiados de la teología actual. Expresiones como "Jesús libre", "Jesús profeta", "Cristo un hombre para los demás" (expresión ésta que encontramos en Paulo VI) y tantas otras, ponen felizmente en evidencia ciertos aspectos del Cristo del Evangelio. Podemos adivinar que esos descubrimientos no son extraños a la situación en que vivimos hoy. Con todo es necesario no considerar esos calificativos de manera "exclusiva", quiero decir como si ellos manifestaran la totalidad de Cristo. No dejaría de tener consecuencias para nuestra vida religiosa, que quiere ser una vida a imitación, en la sequela, de la vida de Jesús. Los religiosos, como por lo demás los cristianos, se reconocen fácilmente hoy bajo estos aspectos. Y se puede adivinar lo que sería una vida religiosa que privilegiara esos aspectos como si fueran lo esencial de la vida de Cristo y de sus propias vidas. En otras palabras, podemos ver cómo la vida religiosa está lejos de ser independiente de toda cristología.

Todo esto se explica por el período de transición en que nos encontramos. Dios quiera que se prepare un porvenir que asegure, quizá mejor que antes, la dimensión contemplativa del estudio dominicano y de toda nuestra vida.

Me dirán quizá que hablando como lo he hecho a propósito del estudio, he escogido la parte más hermosa: "Lo que dice vale para aquellos que tienen un trabajo propiamente pastoral, que anuncian la fe y el Evangelio. Pero, ¿y los otros, los que trabajan por la justicia, los que enseñan las ciencias profanas en la Orden o fuera de ella, los sacerdotes obreros, los sacerdotes profesionales, etc.? Responderé insistiendo en que todo compromiso apostólico, por más secularizado que sea, exige una parte de estudio propiamente eclesial. Si no fuera así, la asfixia espiritual nos acecharía. La experiencia de cada uno de nosotros lo demuestra suficientemente.

Es necesario ante todo saber organizarse, hacer distinción entre los estudios profesionales y la auscultación de la Palabra de Dios, entre el tiempo perdido y las distensiones necesarias (en Roma, cada noche veo los noticiarios de la televisión). Durante varios años al momento de visitar las Provincias, yo felicitaba a los hermanos porque trabajaban mucho. Ya no lo digo más. Lo que hay que decir en verdad es que gran número de hermanos trabaja demasiado. Lo que no es lo mismo. Y las razones de ese exceso no son siempre las exigencias del ministerio, sino otras razones que no siempre se reconocen y que con frecuencia ni los mismos actores tienen

conciencia de ello. Creen que hay que trabajar así. De donde se sigue una vida desequilibrada. Será necesario que vuelva a encontrar el equilibrio insistiendo más sobre el platillo de un estudio a la vez serio y orante. Volveré otra vez sobre este problema al hablar del "ritmo de la oración".

Conozco hermanos que luchan con éxito para lograr este equilibrio. Conozco también a los que tienen compromisos que no pueden ser más profanos, y en ambientes extremadamente secularizados. Ellos encuentran el modo de predicar en ciertas circunstancias o en ciertos momentos, por ejemplo durante las vacaciones. Es para ellos un verdadero baño de rejuvenecimiento espiritual. Y junto a la cabecera de sus lechos se encuentran libros que los nutren espiritualmente y en profundidad.

El equilibrio entre todos los elementos de la vida dominicana es un problema temible, sobre todo cuando están en juego la contemplación y la acción, siendo así que con frecuencia el equilibrio entre una y otra ha sido lo que nos ha atraído más firmemente a la Orden. Los superiores, provinciales y locales, tienen graves responsabilidades al respecto.

### **Fundar conventos**

"Fundar conventos". No consideraré sino un solo punto, el objetivo que se proponía santo Domingo al hablar así: la vida comunitaria.

Es éste uno de los aspectos de la vida religiosa del que más se ha hablado desde hace veinte años. Yo no conozco bastante cuanto haya al respecto en vuestras Provincias. Pero si contemplo el conjunto de la Orden, constato muchos esfuerzos y progresos en ese sentido. En general me parecen ser con todo bastante modestos, cuando lo comparo con lo que dicen ciertos generales religiosos en roma.

¿No encontraríamos en este punto más dificultades que los otros religiosos? Sin duda que el individualismo es una tara que todos experimentan hoy. Antaño el tipo de vida común estaba muy organizado, con estructuras que era difícil eludir. En la hora actual, por todas partes las personas tienen mayor libertad, son más abiertas y más espontáneas. Lo mismo sucede entre nosotros. Añadamos que el espíritu, la mentalidad, la formación dominicanas desarrollan - es uno de los aspectos de nuestro carisma - los gérmenes de originalidad de cada uno, por tanto la personalidad. De lo que se sigue el riesgo de ver acrecentarse el individualismo y la no-participación, que es el enemigo número uno de toda vida comunitaria.

No existe vida comunitaria sin las cuatro condiciones consabidas:



1) Ante todo nuestras relaciones fraternales deben poner en tela de juicio lo que afecta a nuestra vida personal, nuestras preocupaciones, lo que nos interesa - dado que con facilidad permanecemos superficiales en este dominio.

2) No hay vida común sin relaciones interpersonales e intercambios profundos. A veces me pregunto: ¿no somos con facilidad reservados, en el sentido peyorativo del término? ¿No ocultamos espontáneamente lo que somos, lo que pensamos, lo que vivimos en nosotros mismos? Si existen tiempos y lugares que puedan facilitar los intercambios - y los superiores deben vigilar sobre esto - ¿no practicamos el arte de evitarlos?; nos encastillamos, recluimos y evitamos las preguntas comprometedoras.

3) No hay vida comunitaria sin participación: sin abrirse a los demás, sin entrega, sin exponerse, sin correr riesgos.

4) Por fin, no hay vida común sin participación en la vida y la marcha de la comunidad, y esto es tanto más exigente cuanto que ella se encuentra en constante evolución. Cada uno debe sentirse responsable. Escuchar, acoger y comprender aun aquello que a primera vista nos contraría. Exponerse al peligro...

Al hablar como acabo de hacerlo, no olvido mi propósito: poner de relieve la "dimensión contemplativa" de nuestra vida comunitaria. Pero ella depende del material humano, tan complejo en este caso y de tal modo decisivo para la edificación de una persona y de una comunidad. El aspecto místico se injerta en la realidad humana, y tan humana en este caso..., que es, sin duda, el caso extremo.

Ahora bien, esta mística la encontramos en el Evangelio con la enseñanza y el ejemplo de Cristo. Las exigencias cotidianas de la vida común son demasiado fuertes, exigen demasiados esfuerzos de nuestra parte para que no posean la gracia de poder abrirnos al Evangelio y a la oración, si al menos no lo obstaculizamos.

Es pues la persona y la vida de Cristo - el ejemplo "de su más grande amor" - lo que ofrece cuanto la vida común espera de nosotros. Sería interesante revisar a la luz del Evangelio y aun del sólo sermón de la montaña las discusiones de uno de nuestros capítulos o consejos. Descubriríamos fácilmente el porqué de los éxitos y de los fracasos de nuestros intercambios y discusiones. La transposición resultaría fácil.

Las bienaventuranzas nos hablan de los pobres, de los mansos, de los afligidos, de los sedientos de justicia, de los misericordiosos, de los artesanos de la paz, etc. ¿No nos encontramos en nuestros diálogos con

hermanos que, no queriendo imponerse, saben hacerse escuchar mejor, con los incomprensidos que guardan silencio, con los que tratan de convencernos acerca de la brizna de verdad que han descubierto, con los que perdonan los excesos del lenguaje con los que buscan siempre por encima de las observaciones más o menos interesantes lo que hay de positivo y que procuran incansablemente el mayor acuerdo posible?

Y, siempre en el mismo discurso de la montaña, encontramos lo que Cristo demanda -y que vale para nuestras relaciones mutuas: "El que se enoja con su hermano..."; "Ve primero a reconciliarte"; "No resistas al malvado"; "Vuestro Padre hace llover sobre malos y buenos..."; "Que tu mano izquierda ignore..."; "Perdonen"; "Donde está tu tesoro allí también está tu corazón"; "Nadie puede servir a dos señores..."; "No se inquieten..."; "Busquen primero el Reino de Dios..."; "No quieran juzgar..." ¡Cuánto se podría extraer de esas "palabras de oro" de Cristo para nuestra vida comunitaria! Cuántas exigencias. ¿Y de todo el resto del Evangelio? (¿No encontraríamos allí como el "vade mecum" del perfecto capitular?).

De este modo la vida comunitaria no nos entrega con manos y pies ligados a las exploraciones de todas las sicologías y sociologías. Nos invita sobre todo a levantar nuestra mirada a un nivel más alto, hacia Cristo. En sentido inverso, el Evangelio y la persona de Jesús deben transformar nuestra manera de ser, de obrar, de reaccionar, en las relaciones con nuestros hermanos.

El significado de esta conducta dentro de la Iglesia ha sido bien puesta de relieve en una "nota de trabajo" para la última asamblea de religiosos canadienses celebrada en Montréal.

El autor (fr. Laurier Labonté) habla de realidades de anverso y reverso que la vida propone hoy continuamente al cristiano. Por una parte, dice, las bienaventuranzas, el recuerdo del Crucificado y el llamado a la Parusía, por otra la riqueza, el bienestar, las situaciones privilegiadas, los arreglos demasiado diplomáticos, el egoísmo, el distanciamiento. De continuo el cristiano debe luchar contra las comodidades de la vida para que ellas no triunfen sobre su vocación a sobreponerse a sí mismo y al mundo. La vida comunitaria de los religiosos, que no se puede separar de los consejos evangélicos, instala al religioso en una vida donde las relaciones interpersonales y la vida social deben ser gobernadas por el primado absoluto de una vida conforme a la de Jesús, el Señor de las bienaventuranzas. Tal género de vida da testimonio no de una relativización de las exigencias evangélicas para todos los cristianos, sino que, gracias a la radicalidad que define la vida de los religiosos, recuerda a todos los cristianos, habida cuenta de su situación propia, la primacía de

Dios. Como lo dice el autor, "la vida comunitaria consiste en tener radicalmente presente la crítica profética de los compromisos peligrosos" (a los que todo cristiano corre el riesgo de ceder).

He hablado anteriormente del capítulo. Se podría también tomar otro ejemplo: el de la "obediencia" tal como hoy se la comprende cada vez más. Como ayer, como siempre, ella debe permitir al religioso conocer la voluntad de Dios sobre sí y conformarse a ella. Pero mientras que antes el superior era el único que debía encargarse de esta búsqueda, hoy ella pasa cada vez más a través de la puesta en común y la discusión de los miembros de la comunidad, frecuentemente en presencia del religioso en cuestión. Como dice el padre Tillard, el religioso "obedecerá a una voluntad de Dios que él no habrá sido el solo en percibir, pero que alcanzará gracias a otros, y que muchas veces no corresponderá a lo que él solo había creído percibir. Esta búsqueda común será vivida gracias a un "discernimiento comunitario" que tratará de descubrir como a tientas la verdad, a través de las luces y las preguntas que cada uno aportará a la discusión. Del Espíritu Santo se ha de esperar en cada instante la luz y la certidumbre que no puede proceder más que de Él. Y la presencia, durante el transcurso de esta búsqueda, de los nueve aspectos del fruto del Espíritu según la epístola de san Pablo a los Gálatas (cap. V, 22-23): caridad, gozo, paz, etc., podrá representar como el signo de la presencia del Espíritu Santo mientras se espera que el Superior, puesto al tanto de todo el proceso al que habrá participado, diga la última palabra.

Así pues, la vida comunitaria nos sitúa de una manera privilegiada en el corazón de la "caridad hacia el prójimo". Ella nos abre a Dios y nos permite alcanzarle y de unirnos a Él a pesar de las dudas, las amarguras, las oposiciones que son con demasiada frecuencia el pan cotidiano de toda agrupación: "Dimensión contemplativa de la vida comunitaria".

En esta charla, si yo no he querido hablar de la misma oración privada no he hecho sino pensar en ella. Pues todo lo que dije no tenía otra finalidad: ayudar a mis hermanos - esos hermanos de que Uds. y yo somos responsables - a encontrar e intensificar el camino de la oración personal o, si fuere el caso, volver a darle el lugar que le corresponde en nuestra vida dominicana.

Al término de nuestras reflexiones, vemos mejor, espero, cómo nuestros tres elementos fundamentales tienen una "dimensión contemplativa" que nos abre a Dios. En el corazón de esta presencia de Dios más o menos difusa que ellos nos proporcionan, se abre una puerta que nos pone ya en una relación más viva con el Señor. Sin duda la vida litúrgica es el lugar por excelencia para llegar a ella. Pero porque la

predicación, el estudio y la vida común ocupan la mayor parte de nuestras jornadas, debemos estar muy atentos a su contribución.

Una verdadera vida interior no puede contentarse con eso. El trabajo no es la oración. Se ha dicho: “Yo no existo sino porque Dios me dice ‘tú’” El que se da cuenta, profundamente de esta interpelación, ¿cómo no ha de desear alcanzar a Dios y maravillarse ante El con la sola respuesta que ha de brotarle como espontáneamente: “Abba, Padre”!

Una verdadera vida cristiana, y cuanto más la religiosa y dominicana, debe sentir la necesidad vital de la oración interior y silenciosa. Ella debe ser nuestra respiración espiritual. Ella debe ser una oración gratuita: porque Dios ES. Los diferentes aspectos de nuestra vida nos ayudan a ello si los vivimos como valores humanos pero también dentro de su connotación mística. Sin embargo, esta relación viva con Dios a nivel de las realidades sería tanto más verdadera e intensa si reserváramos cada día para Dios sólo, lo que nuestras Constituciones nos piden... Existiría entonces a lo largo de nuestras jornadas un intercambio armonioso entre la vida concreta que conduce a Dios y a la "oración pura" que se intensifica y se encarna en la vida misma.

Para meternos por este camino que nos permite hablar "ex abundantia contemplationis", me parece que nos faltan sobre todo dos cosas.

Los mejores argumentos en favor de la oración personal no tienen gran peso comparados con el único que, a mi parecer, es decisivo: la experiencia. La experiencia de la oración privada tiene el máximo de probabilidad de convencernos y de hacernos retomar el camino tal vez abandonado, - para que vayamos a la oración "como a una danza o a un combate" (san Nicolás de Flüe).

Junto con esta experiencia, lo que también nos falta es tiempo. ¿Quién no se lamenta, y encuentra en esto una excusa fácil? Sabemos cómo los historiadores se asombran ante la actividad de santo Domingo durante los últimos años de su vida: viajes a pie a Roma y a través de Europa, organización de la Orden, ayuda a los frailes, redacción de las Constituciones: todo eso no le impedía predicar, y menos orar de día y de noche. ¿Cómo podía hacerlo? Al lado de esto, ¿qué representan los pequeños cuartos de hora de oración común y privada que encontramos tan difícil de asegurar cada día?

Habría que reflexionar aquí acerca del ritmo de nuestra oración. Me impresiona la importancia que toman hoy en día en la vida de todo el mundo los fines de semana (week-end), los feriados, los "puentes", las

vacaciones... Es la vida agitada la que dicta esas necesidades. ¿Por qué no tomarlo en cuenta nosotros mismos? No solamente para un reposo que tanto el cuerpo como el espíritu necesitan, sino también para beneficio de nuestra vida espiritual. Aprovechemos esas distensiones para un descanso interior. Día de desierto, retiros anuales renovados (un desafío a nuestra creatividad), encerrarnos en nuestra habitación, pasar algunos días en un monasterio, son otras tantas exigencias para nuestra atormentada vida contemplativa. Walberberg contiene algunas sugerencias interesantes al respecto (nn. 52,53,54). Solos, o en comunidad, tengamos el coraje de enfrentar ese problema. Y después: "Hacer lo que Él les dirá".

Permítanme soñar. En las notas de trabajo de Montréal, se dice que al presente muchos religiosos y religiosas resumen su deseo de vida religiosa en dos palabras: Contemplación y servicio de los pobres. Lo creo. Para la Orden, prefiero decir, y es mi sueño: Contemplación y Predicación.

### **Post scriptum**

#### **Algunas reflexiones acerca del ritmo de nuestra oración**

Después de releer las páginas precedentes, experimento la necesidad de añadir algunas reflexiones. Reflexiones que "peguen" con el tipo de vida que, de un modo u otro, la complejidad del mundo actual hace pesar sobre nuestras espaldas y condiciona cada instante de nuestra vida.

Hace falta tener tiempo para orar. Esto es tan cierto que sacrificar por Dios sólo un poco de tiempo, es ya orar. Y hay que decir algo semejante si queremos comulgar con la mirada de Cristo sobre las muchedumbres hambrientas. Entre todos los obstáculos que encontramos en el camino que conduce a la oración, el mayor es la imposibilidad que experimentamos con frecuencia para tener en nuestras manos algunos momentos en que seamos libres de hacer lo que queremos. En tales condiciones, ¿qué queda para la oración? Desde este punto de vista, interroguemos nuestro modo de vivir cotidiano. ¿Oración pública? Lo más frecuente, es rezar Laudes y Vísperas; de vez en cuando la hora media. ¿Y el oficio de Lecturas? Walberberg insistió sobre ello (n. 53 c), pero hay que confesar que todavía existen demasiadas comunidades que se abstienen del mismo casi sistemáticamente. Cuanto a las Completas que deben ser la última oración de la jornada, ¿no se encuentra en ese principio, excelente en sí, un motivo demasiado fácil para recitarlas juntos? Sin duda, todo eso no es así por todas partes. En este lugar, o en aquel, apenas si hay tiempo para Laudes y vísperas, mientras que en otras partes los frailes experimentan juntos el gozo vivencial de reunirse delante de Dios, de cantarle, de darle gracias, de alabarle no formando con sus hermanos más que un corazón, un alma, una

oración. Una oración rica en verdad, aunque sin esplendor en su simplicidad.

Ante la mediocridad de nuestra oración, cuanto al tiempo y a la calidad, se podrá alegar siempre que nos falta tiempo. Y es verdad cuando se piensa en los trabajos, los encuentros, los cursos, las entrevistas que nos acaparan y nos impiden tantas veces tomar aliento, hasta físicamente. Y no hablemos de la radio, de la televisión, de los diarios, revistas y otras ocupaciones devoradores de tiempo a los que es tan difícil hacer soltar la presa. Y por todo eso, ¿en qué va a quedar la media hora cotidiana de meditación y el Rosario previstos por las Constituciones? Lo que éstas nos piden es bien poca cosa comparado con lo que conocía la Orden no hace todavía cincuenta años. Lo que me crea un mayor problema, permítanme decirlo, es que no pudiendo hacer algo mejor, aceptemos, sin dificultad ese modo de ser. Particularmente hoy en que lo que la orden espera de nosotros nos acosa de mil maneras, a cual más imprevisibles, que nos reclaman por todas partes. Nos encontramos como sumergidos. Y entonces, ¿en qué va a parar ese magnífico equilibrio entre los diferentes elementos de nuestro carisma que ha conocido santo Domingo, ese equilibrio que, con su rostro sonriente por la presencia de Dios y lleno de compasión por la miseria del mundo, nos sedujo para siempre? ¿Tenemos derecho de presentarnos como religiosos cuya palabra procede de la abundancia de la contemplación? ¿O es una simple expresión de otros tiempos?

Los historiadores no comprenden cómo, durante los últimos años de su vida, santo Domingo pudo ser a la vez predicador, viajero, fundador, legislador, organizador de su Orden y... orante. Uno de los más grandes contemplativos de toda la historia de la Iglesia. Es que había encontrado un ritmo de vida que le permitía ser todo eso al mismo tiempo.

Resulta clarísimo que el ritmo de vida de nuestro mundo poco tiene que ver con el de santo Domingo Antes - y esto era verdad hasta no hace mucho tiempo -, el ritmo de la vida en Occidente era cotidiano, siguiendo el ritmo solar. Ahora el ritmo de trabajo es cada día mucho más intensivo y exigente. Hay que acomodarse al ritmo de la máquina. Y es eso mismo lo que permite y exige a la vez los fines de semana y las vacaciones de verano que equilibran la vida agitada de nuestros contemporáneos. Es decir, nuestra vida ha pasado a un ritmo que con una palabra podemos llamar hebdomadario. Nuestra oración ¿no debería servirse de ello? Es sobre este punto que yo quisiera insistir.

Me cuidaré muy bien de decir que debemos abandonar definitivamente el tiempo cotidiano de la oración que se nos pide y que es verdaderamente un mínimo necesario para sobrevivir espiritualmente.

Justamente porque ese tiempo es un mínimo, porque jamás santo Domingo conoció este término cuando se trataba de la oración, porque como frailes predicadores no podemos contentarnos sólo con lo que la misericordia de la Iglesia y de la Orden nos piden; por tanto, debemos hacer más, pero al modo hodierno. En definitiva, nuestro ritmo de oración debe tener cuenta del tiempo en que vivimos.

Insisto sobre la responsabilidad de los superiores sobre este punto. Hace algunos años yo felicitaba con frecuencia en el curso de mis visitas a los hermanos por sus trabajos. Ya no lo hago más. Demasiado trabajo desvirtúa la sal que debe impregnar todo apostolado y también toda vida dominicana. Como el equilibrio entre la oración y la predicación, y el equilibrio entre la predicación a los fieles y a los no-cristianos debe improntar toda nuestra vida; en ambos casos, el tiempo en que vivimos nos arroja un desafío que debemos recoger.

¿Qué hacemos de nuestros domingos? Este es un asunto importante, aun cuando el domingo pueda llegar a ser un simple día de la semana. ¿Tenemos un día o al menos algunas horas por semana en que podamos respirar? ¿Qué hacemos entonces? ¿Sabemos consagrar un tiempo, al menos una vez por mes, en nuestra celda o en un lugar tranquilo, para reaprovisionarnos, Biblia en mano, en la soledad y el silencio de Dios? La palabra 'desierto' se ha convertido en una palabra de moda, y esto es una suerte. ¿Sabemos reservarnos uno o varios días en otro convento, en una abadía, en la campaña, con el mismo propósito? Al final de nuestras vacaciones, nos encontramos más calmos, más en paz ante Dios; ¿o aspiramos a regresar a casa para poder descansar por fin? Desde hace tiempo, al menos la semana del retiro anual debe tener tal objetivo, y espero que sea hecho en compañía de nuestros hermanos. Este es un punto de nuestra vida respecto del cual desde el Vaticano II hemos carecido con frecuencia de imaginación y creatividad.

Algunos llegarán quizás a la conclusión que no tenemos necesidad de todo eso dado que, según lo que he dicho al hablar de la "Dimensión contemplativa de nuestra vida", la predicación, el estudio, la vida común pueden y deben reemplazar a la oración. Hablar así, sería no haber comprendido nada. Lo que he dicho, es que esos puntos cardinales de nuestra vida nos abren, si queremos, a un encuentro con Dios al reavivar, al nivel mismo de lo que hace la trama de nuestra vida, el deseo de unirnos a Dios. Pero ese "trampolín" no puede desempeñar su papel si por otra parte la súplica de la Iglesia, el deseo de nuestro corazón, el hábito de encontrar a Dios en el silencio de la soledad no habitan en nuestro corazón en momentos privilegiados de nuestra vida.

Hace falta tiempo para orar... Sepamos encontrarlo y ofrecerlo a Dios, sin duda a gran distancia de santo Domingo Pero con él, no obstante. Que él inspire a cada uno, a cada una de sus discípulos y discípulas que me han leído, lo que él espera de ellos.